



La epístola de Santiago

La fe se manifiesta en las obras

Autor, destinatarios, contexto histórico

El autor es el apóstol Santiago (1:1). Santiago es uno de los hermanos del Señor Jesús y les escribe a los cristianos de origen judío pertenecientes a las doce tribus de Israel que se encontraban en la dispersión (gr. *diaspora*; 1:1). Probablemente les escribe desde Jerusalén entre el año 32 y el año 62 d.C. La carta iba dirigida a las doce tribus de Israel, es decir, al pueblo de Dios sobre la tierra. El pueblo en conjunto había rechazado al Señor Jesús; por el contrario, los destinatarios de la carta confesaban creer en el Señor Jesús, el glorioso Señor Jesucristo (2:1). Esto significa que Dios nos presenta a través de esta carta una forma mixta del cristianismo: el cristianismo judaico. Lo más factible es que esta epístola date de la historia temprana de la Iglesia, la cual es descrita en el libro de los Hechos. Es importante tener esto en cuenta para poder interpretar bien esta epístola.

División de la epístola

La epístola puede ser dividida de la siguiente manera:

1. La fe en las pruebas y dificultades (cap. 1)
2. La fe y sus buenas obras (cap. 2)
3. La fe y la lengua (cap. 3)
4. La fe y la separación del mundo (cap. 4)
5. La fe y el esperar con paciencia (5:1-12)
6. La fe y la oración eficaz (5:13-20)

Sinopsis de cada uno de los capítulos

Capítulo 1

Santiago les escribe a las "doce tribus que están en la dispersión". Sin ninguna introducción, pasa a hablar acerca de "diversas pruebas" e insta a sus hermanos a aceptar las pruebas a las que son sometidos. Aquí se trata del hecho de ser puestos a prueba y él señala que las pruebas son diferentes para cada uno. Por eso él habla de "diversas" pruebas. Dios quiere enseñarnos a tener paciencia y soportar las pruebas que recibimos. La paciencia es la prueba de la existencia de la fe verdadera. Es en estas situaciones que es tan importante no dejar de confiar en Dios (1 Co. 10:13). Dios nos recompensará con una corona (vers. 12; comp. con Ap. 2:10; 2 Ti. 4:8; 1 P. 5:4).

Las pruebas o tentaciones de las que habla Santiago en el versículo 13 son de otro tipo. Allí se trata de tentaciones que provienen de la naturaleza pecaminosa. Tales tentaciones nunca provienen de Dios, ya que en él no hay nada malo. Santiago habla acerca de que el creyente pertenece a un mundo completamente nuevo, siendo "primicias de sus criaturas". Esta naturaleza nueva y gloriosa, y todo lo que pertenece a ella, tiene su origen en el cielo. De allí proviene, como una buena dádiva y un regalo perfecto. Después, Santiago prosigue con su descripción del aspecto práctico de esta nueva vida. La primera característica de la nueva

vida es: oír, escuchar (comp. con Ec. 5:1; véase 1 S. 3:9; Is. 50:4). En el último versículo de este capítulo, Santiago explica lo que significa "la religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre".

Para reflexionar: ¿De qué manera puedes poner en práctica las lecciones de Santiago en este capítulo?

Capítulo 2

En el versículo 1, Santiago menciona al Señor Jesús con su nombre completo, ya que tiene que luchar contra la gran maldad presente en la Iglesia cristiana, en la cual algunas personas eran favorecidas a causa de su alta posición social. Si alguien hace esto, es porque no ha mirado de verdad al glorioso Señor Jesucristo. Porque ¿qué importancia tiene toda la majestuosidad terrenal vista a la luz de la gloria de Él? Los seres humanos tenemos la tendencia a poner atención en las cosas externas (1 S. 16:7), pero lo que los hombres consideran sublime, delante de Dios es abominación (Lc. 16:15).

El que menosprecia a los pobres, actúa en contra de la ley real. Se trata de la ley de los diez mandamientos; Santiago la llama de esta manera para resaltar su alta importancia. Si amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos, cumplimos la ley real. Actuando de esta manera los unos con los otros, no trataremos con preferencia a los unos causando daño a los otros. En el amor al prójimo es cumplida toda la ley (Gál. 5:14; Ro. 13:8-10). Teniendo amor, no juzgamos a nuestro prójimo, sino que le hacemos llegar la misericordia de Dios. El hecho de mostrar misericordia demuestra la presencia de fe verdadera en nosotros. Con dos ejemplos, Santiago deja claro lo que significan las obras de la fe y cómo se puede reconocer la fe a través de las obras. Son obras de amor hacia Dios (Abraham) y de amor hacia el pueblo de Dios (Rahab). Estos dos rasgos son característicos de las obras de la fe. La fe va dirigida hacia Dios y hacia su pueblo. Ambos tipos de obras dejan entrever una confianza plena en Dios.

Para reflexionar: ¿Cuáles obras de la fe enumera Santiago en este capítulo?

Capítulo 3

En los capítulos 1 y 2 se trataba de enseñanzas para la vida diaria en la práctica, una vida diaria iluminada por la luz divina. Como has visto en el capítulo 1, esta vida práctica sólo puede ser ejercida de veras si uno posee vida nueva. En el capítulo 2, tu atención fue atraída hacia un objeto destinado a estar presente en tu corazón: el glorioso Señor (2:1), el centro de la nueva creación. Eres atraído por Él con el fin de andar por un camino recto. Sin embargo, hay otras cosas necesarias para este fin, como lo es la sabiduría, la cual proviene de lo alto junto con el don de la vida nueva (Stg. 3:17; comp. Stg. 1:17-18).

Sin embargo, antes de hablar acerca de esta sabiduría de lo alto, Santiago habla de manera impactante acerca del peligro procedente de la lengua en la primera parte de este tercer capítulo. La lengua es el indicador más exacto de lo que hay en tu corazón (véase Mt. 12:34-37). Cualquier frase que sale de nuestra boca deja entrever de qué fuente viene (Mt. 12:33). Sin embargo, hay un medio que nos ayuda a usar nuestra lengua de la manera correcta: es la sabiduría. Para ello sólo basta con mirar a Cristo, el cual es "sabiduría de Dios" (1 Co. 1:24,30). La primera característica de la sabiduría de lo alto es la pureza. Santiago pone énfasis en esto. Las siguientes características surgen de ella. La pureza es la primera condición, ya que aquí se trata de Dios, y Dios es puro. Él no tiene ninguna conexión con el pecado (Hab. 1:13). Si nuestras palabras y hechos provienen de la sabiduría que es de lo alto, traerán consigo un fruto maravilloso: la *paz*.

Para reflexionar: ¿Cómo puedes usar tu lengua para algo positivo, y cómo para algo negativo? ¿Cómo puedes dejar obrar la sabiduría de lo alto en tu vida?

Capítulo 4

Lo que Santiago dice en los primeros versículos de este capítulo es completamente adverso a lo que dice al final del capítulo anterior. Allí se hablaba de paz, aquí de guerra y pleitos. También es significativo que aquí habla de “entre vosotros”, es decir, entre aquellos que pertenecían al pueblo de Dios. Esto significa que se trata de guerras civiles, es decir, guerras entre ciudadanos que pertenecen al reino del Señor Jesús (Stg. 2:5). En una guerra civil, todas las fuerzas disponibles se van desgastando por el conflicto que hay entre ambas partes. De esta manera no quedan fuerzas para luchar por el evangelio en el mundo, ni para liberar a otras personas del poder de Satanás, ni tampoco para luchar juntos contra falsas doctrinas, ya que el enemigo entiende muy bien cómo sacar provecho de la situación. Las guerras y los pleitos no provienen de la sabiduría que es de lo alto, sino de nuestros deleites y concupiscencias. Además, muestran una conducta absolutamente mundana. Santiago con razón los tilda de “almas adúlteras”. Para ser libres de ellas es necesaria una actitud de humildad, la cual podemos alcanzar si nos sometemos a Dios.

Otra cosa que Santiago les reprocha a sus lectores es que hablaban los unos contra los otros. El que hace tal cosa, no sólo rechaza la ley de Dios y toma el lugar de la ley, sino que también toma el lugar de Dios como legislador y juez. Santiago advierte de que, en nuestra altivez, pensemos que tenemos el futuro en nuestras manos. No está mal hacer planes, si al hacerlos tenemos siempre en cuenta la frase “si el Señor quiere”.

Para reflexionar: ¿Qué cosas hay en tu vida que te califiquen como “amigo del mundo”?

Capítulo 5

En los primeros versículos de este capítulo, Santiago se dirige con palabras duras a los ricos, los cuales habían demostrado ser adversarios de los pobres. Para Santiago, los pobres eran el remanente creyente del pueblo de Dios. Los ricos los arrastraban a los tribunales (Stg. 2:6) y ejercían su poder por encima de ellos, porque ellos dependían absolutamente de los ricos. Santiago no les habla como “hermanos”, sino que los ricos son inconversos que habían adquirido su riqueza de manera deshonesto. Los ricos cerraban sus oídos ante los clamores de los pobres, a los cuales trataban de manera injusta. Sin embargo, el Señor de los ejércitos (el Señor *Sabaoth*) oía todo esto. Sus oídos escuchaban dos cosas: primero clamaba el jornal (salario) de los obreros, del cual los ricos les habían privado ilícitamente, pero también llegaba a sus oídos el clamor de los que habían segado.

Santiago insta a los pobres a tener paciencia hasta la venida del Señor. Aquí se trata de tener paciencia hasta su venida a la tierra a juzgar, a ejercer el derecho, a reinar justamente y a recompensar todo aquello que fue hecho para Él. Un ejemplo de la paciencia es el campesino que siembra y luego espera con paciencia a que brote el fruto precioso de la tierra. Es bueno que tomemos a los profetas como ejemplo de aflicción y de paciencia, y muy especialmente a Job.

Santiago enumera tres situaciones en las que alguien se puede encontrar. Puede ser que alguien esté afligido, o esté alegre, o esté enfermo. Santiago le recomienda al creyente para cada caso una cierta reacción y le presenta el poder de la oración. A continuación, concluye la epístola con dos versículos mostrando de qué manera alguien que se ha extraviado de la verdad puede ser recuperado. Esto sólo es posible en oración.

Para reflexionar: ¿Qué cosas te producen impaciencia? ¿Qué tan real es para ti la venida del Señor? Ora de manera fervorosa por la rehabilitación de creyentes que se han extraviado.

Ger de Koning (2018)